

Interculturalidad y género. Claves para comprender las estrategias del poder y el patriarcado

Autoría



Lucía Benítez Eyzaguirre

Doctora en Comunicación por la Universidad de Sevilla. Máster en Tecnologías digitales y Sociedad de la Información y en Inmigración. Periodista y profesora de la Universidad de Cádiz. Investigadora del grupo Interdisciplinario de Comunicación, Política y Cambio Social, COMPOLÓGICAS, y del Grupo Internacional de Estudios sobre Comunicación y Cultura. Directora de la revista Redes.com.

Sumario

Abstract

1. Patriarcado y colonialismo
2. Estrategias de poder y representación
3. La acumulación del capital y el trabajo asalariado: las claves de la desregulación del sistema
4. La biologización del pensamiento social
5. Modelos de análisis cultural
6. La Encuesta Mundial de Valores
7. Perspectiva de género
8. Algunas propuestas a partir del análisis complejo de género e interculturalidad
9. Discurso y acción: analizar la acción, no el discurso

Bibliografía

ABSTRACT



La lección analiza, a partir de los modelos de poder del patriarcado y el colonialismo, cómo los discursos sociales y el conocimiento científico muestran una visión polarizada de la realidad que reproduce estos sesgos en diferentes campos disciplinares. Cuando de forma conjunta se aplican las perspectivas de género y de interculturalidad, afloran aspectos invisibilizados de los modelos económicos, del pensamiento social o de la ciencia. Para el análisis complejo de la diversidad, se propone la inclusión de aspectos excluidos por el poder dual como las emociones o el imaginario.

1. PATRIARCADO Y COLONIALISMO

Patriarcado, colonialismo y capitalismo son los modelos de violencia que operaron en el crecimiento económico desde los siglos XV al XIX, instaurando sistemas de dominio y exclusión prolongados, mucho más intensos en cuanto han operado de forma simultánea y consagrando el genérico superior del hombre blanco occidental. Pero es necesario pensar en la forma en que se estructuran estos sistemas y aplicarlos al análisis, porque así aparecen estrategias de poder únicas con formas de expresión en diferentes dimensiones. De forma sistemática o alternativa, siempre se traducen en menos derechos, más exclusión o en la estigmatización de minorías según criterios de género, etnia, procedencia, o clase social. El sistema de poder, a través de estrategias complementarias, actúa como control de lo social y dificulta el análisis conjunto del sexismo o el racismo bajo un único concepto de autoritarismo.

El postmodernismo, con su interés por las corrientes de resistencia y lo marginal, aporta patrones de análisis de las metanarrativas y discursos sociales, confluye en el análisis de los sistemas de dominio con el feminismo y el poscolonialismo. Pero, a pesar de la coincidencia en el objeto de crítica, sus objetos y patrones de estudio no muestran coincidencias. Así, los feminismos a menudo se expresan sin una dimensión intercultural, desde políticas de la diferencia, mientras los movimientos antirracistas y solidarios ocultan estrategias patriarcales que minusvaloran a las mujeres.

De las aportaciones feministas, de la interculturalidad y el poscolonialismo afloran patrones comunes en las estructuras del poder, como dinámicas sociales y representaciones que se hacen evidentes en la intersección de género, clase, etnia, cultura y edad (Carrera, 2000). En ese sentido, el análisis conjunto que realiza Young (2000: 71-77) sobre las estrategias de opresión permite esquematizar la desigualdad común desde la perspectiva de género, pero también desde la colonialidad hasta el racismo. Para Young, la opresión es un sistema que oculta la violencia de la desigualdad a través de figuras como la explotación, entendida como apropiación del trabajo no sólo de un grupo sobre otro sino también de los hombres sobre las mujeres; la marginación, como fórmula de exclusión política; la subordinación, en función del poder y la productividad; el imperialismo cultural, que combina la doble exclusión del dominio de unos valores y su universalización normativa; y la violencia, en el sentido de humillación prolongada.

2. ESTRATEGIAS DE PODER Y REPRESENTACIÓN

El poder patriarcal y sus ideas tradicionales se sirvieron de la modernidad, de sus argumentos liberales y científicos para establecer un sistema dual entre lo público y lo privado (Bonan y Guzmán, 2007). En el ámbito de lo público, se instaura un poder político que limita el acceso a los derechos de las personas supuestamente 'iguales' y el ejercicio de la participación política. En conjunto, gran parte de la población queda sometida al poder familiar, de ámbito privado, estructurado en un 'orden natural' y con apoyo de la tradición, bajo una jerarquía de autoridad que organiza la desigualdad de forma transversal. Más allá del ámbito privado, la estructura de poder pública en el trabajo, en la sociedad de clases, en las diferencias étnicas y en las estructuras de las instituciones, naturaliza la subordinación de grupos sociales y de sujetos.

El concepto de género es, para Fraser (1996), más que una simple categoría de clase, en tanto que se funde en la estructura económica donde crea desigualdades en el reparto de la producción y la reproducción, y en el orden simbólico, por cuanto impone un dominio androcéntrico. De forma paralela, las diferencias económicas y el reconocimiento mantienen un sistema al abrigo de un determinado orden cultural que actúa de forma paralela.

El poder se apoya en un orden de representaciones simbólicas que se ocultan en las relaciones cotidianas, en las prácticas personales y públicas, creando una construcción que se mantiene y se reproduce como sistema de dominio en las relaciones sociales por la vía de su misma función simbólica (Bourdieu, 1988). El análisis de las formas del discurso desentraña las estrategias en la manera en que se articula, en cómo se distribuye y en la influencia que alcanza, dentro de la interacción social así como del modo de control de los sujetos, tanto a través de la descripción previa de los proyectos como de cara a acciones futuras, así como en la creación de diversos tipos de narrativas (Van Dijk, 2009: 65 y 72-74). Las representaciones conforman los imaginarios sociales por su significación y su valor determinante en la cultura, los valores colectivos y las mentalidades. Stuart Hall (1997) presta más atención a la relación entre las estrategias de construcción de los discursos y la recepción, es decir, a las prácticas sociales alrededor de la mediación ya que, por ejemplo, mantiene que las representaciones negativas, aunque erosionan culturalmente, en algunos casos se pueden convertir en instrumentos de resistencia.

3. LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL Y EL TRABAJO ASALARIADO: LAS CLAVES DE LA DESREGULACIÓN DEL SISTEMA

El proceso de acumulación del capital —bajo la lógica de una economía expansiva, un sistema racional y un modelo cartesiano y positivista— se inició como un modelo normativo dual, un sistema binario que alcanzó al orden de las representaciones, fijando límites a lo pensable, mostrando y ocultando partes de la realidad. Así, por oposición dualista, entendimos un mundo que sólo era visible por una cara e invisible por la otra, dividido en público/privado. De esta división se derivaron otras fronteras: producción/reproducción, poder/sumisión, racional/emocional, activo/pasivo, hacer/ser, cultura/naturaleza.

Visible	Invisible
Público	Privado
Producción	Reproducción
Poder	Sumisión
Racional	Emocional
Activo	Pasivo
Hacer	Ser
Cultura	Naturaleza

Figura 1: Lo visible y lo oculto. Fuente: Elaboración propia

El patriarcado sentó las bases de un sistema que, en su faceta visible, producía la riqueza, pero mantuvo ocultas sus estrategias: privatización de la reproducción y regulación de la escasez. La más potente herramienta del patriarcado en su expresión capitalista ha sido, desde luego, la fragmentación, la lógica social de la división como una fórmula matemática que siempre tiene como resultado el beneficio de pocos —de uno a ser posible—, y el refuerzo sistemático de una visión del mundo orientada en las direcciones y sentidos marcados por el patriarcado. De esta forma se estableció con rigidez un orden de desigualdad y jerarquía en la familia patrilineal, a partir de la lógica de la dependencia del grupo doméstico del salario masculino. En paralelo, el mundo masculino quedó ligado a la representación política mientras que el femenino, a la exclusión de los derechos y del trabajo remunerado, a partir de su papel en la reproducción.

Tras una dilatada experiencia patriarcal y una larga trayectoria colonial, la lógica de la acumulación permitió el desarrollo de la Revolución Industrial, un modelo de explotación del trabajo doméstico —entendido como no asalariado—, así como de zonas del planeta con economías desreguladas y bajo el dominio colonial. Así, “no es casual que aunque el capitalismo se base presuntamente en el trabajo asalariado, más de la mitad de la población mundial no esté remunerada. La falta de salario y el subdesarrollo son factores esenciales en la planificación capitalista, nacional e internacional” (Federici, 2013: 63).

La creación de las diferencias apoyada en la ocultación sistemática de la economía reproductiva, o mejor, de las economías no cuantificables ni acumulativas, ha centrado la visibilidad de lo económico alrededor del crecimiento mercantil. El cientifismo económico se construyó a través de modelos matemáticos y cuantificables como “la ciencia más avanzada matemáticamente y la más atrasada humanamente” (Morin, 2000: 17). De un plumazo se excluyeron las economías informales, de subsistencia, solidarias y recíprocas, de multitud de comunidades y de mujeres no integradas en los circuitos de la mercantilización, y se olvidó que la economía no es sólo compra y venta sino que también afectos, relaciones y violencias. De la misma forma, la división internacional del trabajo o el sindicalismo se han ocupado siempre de la relación con el sistema productivo, pero no con el reproductivo. La teoría económica

tampoco ha incorporado las aportaciones de los trabajos feministas sobre la reproducción del trabajo (Federici, 2013: 113).

La invisibilidad de esas violencias ha permitido que, a lo largo de muchas décadas, al otro lado de la racionalidad numérica quedaran no sólo pueblos sino personas, especialmente mujeres, cuyo trabajo no tiene valor porque se presta de forma gratuita. También se han sumado otros colectivos que entienden la vida y la riqueza como capital social: los voluntarios que trabajan por multitud de causas o los desarrolladores de software libre, por ejemplo.

De forma gráfica, esta situación se visibiliza con deformidad —a partir del algoritmo de representación geográfica desarrollado por Gastner y Newman (2004)— como un mapa en el que el volumen de los países está determinado por el Producto Interior Bruto, una visión desde los mercados de la realidad económica de un país, que excluye las economías no monetarias o desreguladas. Por este motivo, hay continente, como el africano, que prácticamente no existen.

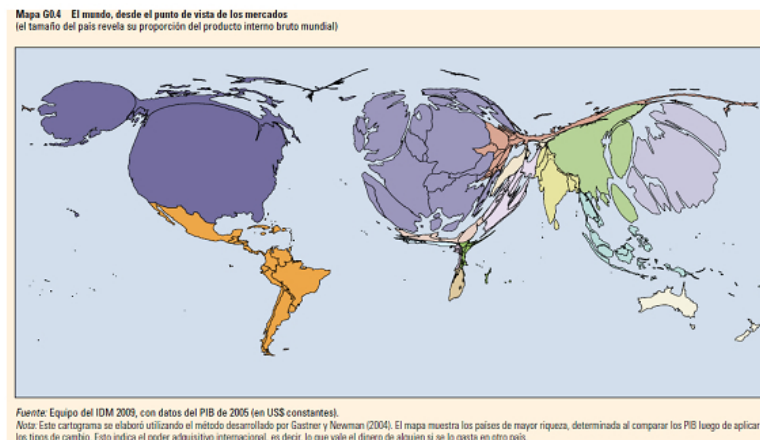


Figura 2: La economía, vista desde los mercados. Fuente: Banco Mundial, 2009

De hecho, esta es la visión dominante en términos de desarrollo, y lo fue con valor absoluto hasta el año 1990, cuando la ONU publicó el primer Informe del Desarrollo Humano con la incorporación de datos que cuestionaban esas cifras y mostraban otras realidades: la esperanza de vida, un nivel de vida digno y valores relacionados con la educación, completando la visión dominante del desarrollo desde los mercados.

Aun así, las variables de género se comienzan a incorporar más tarde, en 1995, con el Índice de Desarrollo Humano relativo al Género y el Índice de Potenciación de Género, dos dimensiones que por primera vez dibujaban una realidad diferente y universal. Pero todavía hubo que esperar casi a que acabara el siglo XX —hasta el año 2000 no se formula dentro de los objetivos del milenio— para que se incluyeran en la definición de objetivos: “Promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer” (objetivo 3) y con atención a la proporción de niñas y niños en la enseñanza primaria, secundaria y superior; a la proporción de mujeres con empleos remunerados en el sector no agrícola; y a la proporción de escaños ocupados por mujeres en los parlamentos nacionales. En estos tres campos —educación, trabajo y política— definen las áreas de atención sobre las desigualdades de género, además del campo de la salud vinculada, como es habitual, a la reproducción y que se expresa como “Mejorar la salud materna” (objetivo 5).

4. LA BIOLOGIZACIÓN DEL PENSAMIENTO SOCIAL

De la misma forma que en el terreno económico, la influencia de un marco de comprensión del mundo impuesto por el patriarcado se instauró en el orden simbólico, con el desarrollo de metarrelatos de la modernidad y del progreso, de nuevo en detrimento de las mujeres y ‘los otros’.

En apoyo de las necesidades de la industria y las políticas estatales, los científicos y los reformadores sociales prestaron atención a un materialismo en el que la actividad humana y la naturaleza estaban en función de una orientación y un discurso que las sometieron al criterio de impulsar el trabajo como fuerza productiva, con argumentos que influyeron decisivamente como “la perspectiva industrial de Marx o la médico disciplinaria de Foucault” (Beriain, 2008: 115). Así se impuso el pensamiento científico como superior al de otros ámbitos de lo social, llegando, por ejemplo, hasta darse por válida durante dos siglos la interpretación de la teoría evolucionista como un relato de poder: la supervivencia del más fuerte. En la otra cara estuvo el olvido permanente de las lógicas de lo común, invisibilizando los distintos mecanismos adaptativos fruto de la inteligencia colectiva, como es el caso de la cooperación o la empatía, que se apoyan en las relaciones y las interacciones.

Cuando, en 1859, Darwin publicó “El origen de las especies por medio de la selección natural”, el discurso científico se impuso a la Iglesia y al creacionismo como un progreso, aunque consagraba una vez más la misma diferencia: una mirada patriarcal sobre el dominio de los genes para la mejora la reproducción y de la supervivencia, a costa de las mujeres y los seres más débiles. Las posiciones ideológicas, ocultas bajo argumentos científicos, han justificado “las diferencias humanas en términos de desigualdad” (Nash, 2006: 41). De cara a las mujeres, todo esto ha supuesto un modelo de control y regulación de la sexualidad y la reproducción, a partir de lo cual se subordinan las relaciones sociales y los derechos. El rechazo feminista a los planteamientos biologizados parte de la negación del dualismo naturaleza/cultura como origen de una diferencia sexual que genera desigualdad social, sobre todo por el planteamiento consustancial que considera lo natural inmutable frente a lo social como campo de transformación.

De hecho, estos planteamientos económicos y científicos coinciden con el nacimiento del Estado-nación —fruto de su desarrollo concreto— y, a partir del imperialismo colonial, como una fórmula en el que la acumulación del capital de mediados del siglo XIX se

beneficia del apoyo político (Arendt, 1973). Foucault (1996: 173) va más allá cuando define estas transformaciones como una 'estatalización de lo biológico', en la que se establecieron —apoyados en los planteamientos de Darwin— vínculos entre la teoría biológica y el poder, y que alcanzaron su máxima expresión durante el nazismo, en una trayectoria en la que se justificó el esclavismo, la explotación o el genocidio. También permitió relacionar la colonización con las guerras o la enfermedad mental con la natalidad, así como promover su control desde la bio-regulación a través del Estado o desde la disciplina de las instituciones (Foucault, 1996: 202). Los sistemas de crecimiento y desarrollo acumulativo, el colonialismo y el trabajo asalariado masculino estuvieron tan interiorizados en el discurso social —debido a la influencia del cientifismo— que dentro de la crítica marxista no figuran ni la explotación colonial ni la del trabajo reproductivo, los cuales, a pesar de encabezar los modelos opresores, se naturalizaron y ocultaron bajo las luchas obreras masculinas.

Así fluyó una narrativa discriminatoria, en la que tanto el discurso etnográfico, dominante en la época, como las representaciones culturales justificaban valores discriminatorios, expresados de forma mítica con respaldo científico. Se dio paso así a la naturalización de la diferencia y al esencialismo biológico, como dispositivo simbólico que unificaba las representaciones culturales discriminatorias, que constituyen la base de una construcción social y del imaginario de una jerarquía de género y otra racial; todo ello, a partir de unas supuestas diferencias naturales insuperables (Wierviorka, 1992) en las que se concentran las características de la alteridad absoluta. "La biologización del pensamiento social", con palabras de Wierviorka (1992), transformó el discurso de raza y sus representaciones culturales en mito justificativo de valores culturales discriminatorios. De igual modo, el esencialismo biológico funcionaba en el discurso de género y sus representaciones culturales, que establecían la jerarquización de una supuesta diferencia natural entre hombres y mujeres, que todavía aflora en planteamientos científicos y representaciones sociales.

5. MODELOS DE ANÁLISIS CULTURAL

Las representaciones sociales marcan los significados culturales y transmiten valores reproductores compartidos y en evolución, como parte de los procesos de transformación histórica, en forma de conceptos, ideologías o imágenes (Hall, 1997). Por tanto, no se trata de elementos rígidos ni estáticos sino de reelaboraciones de valores en función de un determinado contexto espacial y temporal. Incluso los rasgos más esenciales y característicos que diferencian a las culturas también han evolucionado y siguen en transformación.

En el análisis de las diferencias culturales, el trabajo de Edward T. Hall (1977) ha permitido establecer un modelo clasificatorio del desarrollo de las expresiones sociales y culturales de diferentes comunidades en función de cómo se regula el tiempo y el espacio, y de cómo influye en la comunicación intercultural. De esta forma, la cultura orienta las percepciones, la atención y, especialmente, la forma en que interpretamos los hechos cuando elegimos entre multitud de estímulos. La esquematización de Hall también es un modelo binario pionero, a partir del cual otros teóricos avanzan en la misma línea, para ayudar a entender las prioridades en la organización social y en las respuestas comunicativas.

A partir del tiempo y del espacio, Hall interpreta las diferencias entre estas expresiones culturales. En el primer caso, define dos tipos: el monocromático, como un uso preciso y estructurado del tiempo como norma de conducta, frente al policromático, donde hay un predominio de las relaciones personales sobre el uso del tiempo y de lo material, que se convierten en elementos flexibles. En cuanto al uso del espacio, explica las diferencias entre la baja y la alta territorialidad en el acceso a la propiedad y los límites espaciales (Hall, 1977).

Tiempo monocromático	Tiempo policromático
Uso preciso del tiempo	Uso ambiguo del tiempo
Planificación rígida	Planificación flexible
Alta territorialidad	Baja territorialidad

Figura 3: el valor de tiempo en las expresiones culturales. Fuente: Hall (1977)

Esta clasificación se establece en función del contexto, el tiempo y el espacio, y da lugar a la definición de Culturas de Contexto Alto (CCA) y de Contexto Bajo (CCB), de forma que la interpretación de la comunicación estará en función de elementos interiorizados o de las características del propio mensaje.

a. En las Culturas de Contexto Alto (CCA), como su nombre indica, los aspectos predeterminados condicionan las percepciones de una forma más intensa: la costumbre determina el sentido de los mensajes y la posición social, se priorizan los aspectos no verbales de la comunicación, los estilos más directos, así como las fórmulas comunicativas más básicas, de manera que la palabra desplaza a los documentos legales, y la confianza es básica para las relaciones. Son culturas de visión colectiva, más ligadas a la tradición, la comunicación oral, con una importante vivencia del tiempo y de las normas sociales y que, en general, se sitúan geográficamente en el hemisferio sur. En ellas, la importancia de la participación y la colaboración es esencial, de manera inclusiva y respetuosa. Se presta atención a los sentimientos y puede ser desconcertante para las personas entrenadas en exceso en las normas escritas.

b. Las Culturas de Contexto Bajo (CCB) se centran en el razonamiento, en la lógica, en los procedimientos y, por tanto, se busca un tratamiento despersonalizado de los temas a abordar. El estilo de comunicación es directo, sin rodeos ni ambigüedades, y sin embargo trata de producir menos malentendidos con una mayor explicación de los procesos, a través del razonamiento lineal y verbal, ya que las palabras son las que centran la comunicación. Estas culturas se localizan en el norte, priorizan lo individual, dan un alto valor a la eficacia y la rapidez, y por ello giran alrededor de procesos formales, a través de documentos escritos que se consideran imprescindibles, como forma de concretar las palabras y los acuerdos, para evitar los factores contextuales en la comunicación.

Bajo Contexto (LC)	Alto Contexto (HC)
Razonamiento y lógica	Emoción y tradición
Estilo directo	Estilo indirecto
Eficacia y rapidez	Participación y colaboración
Visión individualista	Visión colectiva
Comunicación escrita	Comunicación oral

Figura 4: El contexto de las culturas. Fuente: Hall (1977)

A partir del análisis de los sistemas de poder, Hofstede (1980) proporcionó nuevos instrumentos para el conocimiento de las diferencias culturales a partir de su investigación sobre las organizaciones, su capacidad de adaptación y de transformación según los valores sociales vigentes. Considera el poder vigente en cada cultura como un factor determinante de la organización de los valores y del comportamiento de las personas. Realizó su análisis en setenta países diferentes para elaborar una escala que va de lo individual a lo cultural y a lo universal. Su esquema vuelve a expresarse a modo de dicotomías, como polos de una escala de máximos y mínimos alrededor de cada uno de los conceptos incertidumbre/seguridad, poder y dinero/calidad de vida y felicidad, igualdad/desigualdad; además de la clásica sobre la prioridad de los valores individuales sobre los colectivos, el control de la incertidumbre y la orientación a corto o largo plazo.

Distancia al poder baja	Distancia al poder alta
Aversión al riesgo	Tolerancia a la incertidumbre
Individualismo	Colectivismo
Masculinidad	Feminidad
Orientación a corto plazo	Orientación a largo plazo

Figura 5: Las diferencias culturales en función del poder. Fuente: Hofstede (1980)

El modelo generado por Trompenaars (1994) tiene un enfoque social que analiza en los valores alrededor del individualismo/comunitarismo, como la diferencia estructural básica a partir de la cual se estructuran los demás conceptos. Así, en el análisis se valora el logro o la adscripción como parte de los estilos culturales (directo/indirecto), de las formas de relación (neutras y concretas/emocionales y difusas) y de la vivencia del tiempo, en un continuo que va del pasado al presente y futuro.

Estatus adquirido	Estatus adscriptivo
Universalismo	Particularismo
Individualismo	Comunitarismo
Neutral	Emocional
Cultura difusa	Cultura específica

Figura 6: Las diferencias culturales en función del estatus. Fuente: Trompenaars (1994)

El dominio colonial de las culturas de 'contexto bajo' sobre las de 'contexto alto' impuso durante siglos la jerarquía, las dicotomías y las fronteras como estrategias para afrontar el caos y para el logro del orden racional de la realidad. A partir de la visión de las culturas de contexto bajo, las zonas de contacto con otras diferencias culturales se han entendido y generalizado como un "conflicto inventado" (Del Valle y Poblete, 2009: 197-198), producido sobre todo marcando diferencias, dentro de una estrategia de invisibilización de los valores culturales de las sociedades no adscritas al modelo económico. A su vez, se ha entendido el multiculturalismo como una expresión 'tolerante' con las diferencias culturales, partiendo de una concepción rígida de esos valores como incapaces de transformarse y evolucionar; y de la misma forma, la interculturalidad ha respondido a un planteamiento de resolución de los conflictos que responde a la misma lógica de la 'tolerancia'. Por ello, en un paso más, se hace necesario tener en cuenta una transculturalidad acorde con los intercambios y los flujos de comunicación de una sociedad compleja, en la que se entrecruzan los contactos, la conectividad y el desplazamiento, para dar lugar a la potencia transformadora y dinámica de la riqueza cultural.

6. LA ENCUESTA MUNDIAL DE VALORES

Para el análisis de los valores interculturales y de género, por tanto, es necesario salir de la adscripción territorial y del dominio discursivo, de la forma en que se ha occidentalizado el análisis de los valores culturales y el relativismo cultural. Para salir de este marco previo y buscar nuevos modos de comprensión de la diversidad y las diferencias resulta de interés la Encuesta Mundial de Valores (World Values Survey, WVS) que permite un mapeo de las diferencias en la comprensión de los valores y del mundo en función de miradas múltiples recogidas en origen en diferentes lugares del planeta.

La Encuesta Mundial de Valores, elaborada con los datos obtenidos en miles de encuestas realizadas en diferentes países, avanza en el diseño de un mapa de culturas a partir de las posiciones relativas distribuidas entre los valores culturales a partir de los trabajos realizados por Ronald Inglehart (1977, The silent revolution). Este autor, tras constatar el crecimiento de la economía y la seguridad material, diseñó la escala del posmaterialismo con la intención de medir de manera objetiva el cambio de valores, partiendo de la idea de que la autorrealización aumenta en función de la seguridad económica y en un sentido guiado por los valores individuales. Desde

1991, se recogen encuestas realizadas en diferentes países, cuyas posiciones se ponen en relación con la información económica y sociodemográfica, dando lugar a un mapa cultural que se traza con las posiciones de las culturas, independientemente de su posición geográfica. Los ejes de las gráficas describen los valores tradicionales/secular-racionales, de una parte, y los que están orientados desde la supervivencia/autoexpresión, de otra.

Las posiciones más próximas a la tradición destacan por valores relacionados con una mayor creencia religiosa, con la importancia de la familia, con la imposición de normas y el poder jerárquico, junto a indicadores de un elevado orgullo nacional, es decir, coinciden con las culturas de alto contexto, frente a las secular-racionales en que estos indicadores invierten su valor y que son las que conocemos como culturas de bajo contexto. El otro eje está determinado por la escala ligada a la supervivencia respecto a la autorrealización, que evoluciona según el bienestar económico, la calidad de vida y la seguridad económica hasta el predominio de la subjetividad, como un punto común en las sociedades industriales. De esta forma, la evolución de los valores no muestra un patrón lineal, sino las tendencias relativas guiadas por esos criterios, que describen cómo las sociedades del conocimiento surgen cuando la supervivencia parece garantizada, cuando hay posibilidad de incorporar la participación ciudadana, la visión de la diversidad y la protección medioambiental, en una cultura de confianza, libre expresión y libertad individual. De la misma forma, dentro de los valores nacionales, las cohortes de edad, las posiciones socioeconómicas determinan la variabilidad de este modelo, cuyos mapas culturales son duraderos pero no inmutables, ya que el PNB y el crecimiento económico marcan siempre una tendencia a la evolución que se puede seguir a través de las diferentes oleadas de encuestas realizadas por World Value Survey (WVS).

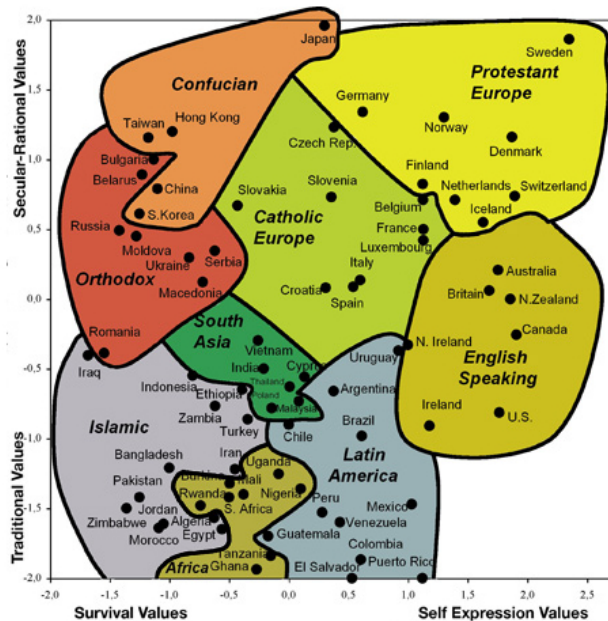


Figura 6: Mapa conceptual de las diferencias culturales en la Encuesta Mundial de Valores. Fuente: Inglehart y Welzel (2010). *Changing Mass Priorities: The Link between Modernization and Democracy. Perspectives on Politics*, 2 (8), p. 554. Extraído de: http://www.worldvaluessurvey.org/wvs/articles/folder_published/article_base_54

A partir de la Encuesta Mundial de Valores —así como de la elaboración de mapas conceptuales—, se registran las diferencias como un sistema conjunto donde las condicionantes económicas y el modelo cultural juegan un papel a la hora de interpretar en el contexto social los valores propios, pero también las diferencias de género. En las culturas de alto contexto, marcadas por valores culturales muy arraigados, de expresión muy concreta y específica, el peso de estos elementos condicionan la vida cotidiana y una asignación de roles inamovible. En este reparto se generan las diferencias de estatus que priorizan el androcentrismo occidental como centro de los valores y, por tanto, el rol de las mujeres y los 'otros' en función de esto. Las coordenadas con que se representa la Encuesta Mundial de Valores, con un eje entre la tradición y la racionalización y el otro entre la supervivencia y la autoexpresión, también serviría para entender la diferencia de papeles que las diferentes culturas asignan a las mujeres.

Para Ortner y Whitehead (1981), el prestigio regula los aspectos sociales y culturales, por lo que aporta una perspectiva inteligible de la construcción de género de carácter cultural a partir del concepto del status. La jerarquía de estatus también varía entre las diferentes culturas y se manifiesta en los sistemas de género, ya que traza las líneas que separan los roles femenino y masculino. Hasta ahora, hemos visto la polarización de estas posiciones a través del dualismo y de la categorización binaria, que las describen por oposición, aunque con una visión más compleja podemos entender también estos polos como parte de una escala de la diferencia, en la que se matizan las posiciones: "Si tenemos sentido de la complejidad, tenemos sentido de la solidaridad" (Morin, 2004: 100). Así, la perspectiva de género —a la vez que sus valores simbólicos— contribuye a la revisión de dimensión política de los elementos de la construcción social y cultural del sistema de subordinación, tanto en su origen sexual como en su núcleo étnico.

7. PERSPECTIVA DE GÉNERO

A partir de la división binaria naturaleza/cultura, Lévi-Strauss (1998) señala muchas de las categorías que se asimilan con la diferencia de género: hombre/mujer relacionado con naturaleza/cultura, interés privado/interés social, esfera doméstica/ámbito público, como un instrumento metodológico para interpretar la realidad. Otros teóricos han esquematizado toda una serie de estructuras binarias derivadas: poder/sumisión, racional/emocional, activo/pasivo, hacer/ser, y, por tanto, una visión asimétrica que ha condicionado

Las dicotomías y el binarismo expresan a la perfección el sistema de exclusión patriarcal, que refuerza uno de los polos para invisibilizar el otro. La deconstrucción del binarismo de sexo ha dado paso al rol social y político de la subjetivación a través del concepto género, que supera el carácter inmutable biológico y natural (Butler, 1990), que consagra la heterosexualidad como norma y que, por tanto, convierte al sexo en una categoría política, por cuanto precisamente el sexo le define en su presencia y esencia frente al colectivo.

A ello contribuye de forma clara Ortner (1979: 101-131) cuando cuestiona "¿Es la mujer al hombre lo que la Naturaleza es a la Cultura?" para explicar las claves de la forma de minusvalorar a las mujeres y de que este rasgo sea universal, es decir, se mantenga incluso por encima de las diferencias culturales. Concluye que cultura y sociedad se institucionalizan de forma conjunta para reproducir la misma situación en diferentes contextos. Así, según su análisis, la categoría género opera de manera universal por encima de las culturas y, por tanto, es más difícil de erradicar la desvalorización de la mujer.

Cultura	Naturaleza
Hombre	Mujer
Público	Privado
Razón	Emoción
Productivo	Reproductivo
Activo	Pasivo

Figura 7: Dicotomías patriarcales, basado en Ortner (1979)

Por tanto, también el género —precisamente por su fuerza en la construcción cultural— permite aflorar patrones y sesgos ocultos, pero sobre todo muestra una realidad evidente por la que el paso desde la división sexual al análisis de género nos aleja de los planteamientos biologizados y nos inserta en diferentes claves, también universales. Así es posible comprender, en una dimensión amplia, compleja y diversa, los aspectos relacionados con las constricciones sociales que ocultan razones económicas, formas de poder de un reparto del mundo desigual e inequitativo.

La perspectiva de género en este campo supone la incorporación de nuevas claves de fenómenos relacionados con la identidad, a través del cuestionamiento de las características sociales ligadas al sexo y el análisis de la posición de las mujeres en la construcción de la sociedad y en la aportación a la economía. Una interesante contribución de esta perspectiva la realiza McDowell (2000: 329-363) a través de matrices sobre los objetos, la metodología, los puntos de vista, la epistemología fruto de la ciencia tradicional y racionalista, en contraste con el conocimiento diverso y de significados múltiples que acompaña a la investigación feminista, así como las contribuciones al análisis experimental de Reinharz (1983).

La perspectiva de género representa una herramienta para la revisión integral de la realidad y de sus valores de análisis, en tanto en cuanto éstos han sesgado el conocimiento y su valor científico con una perspectiva racionalista totalmente alejada del holismo integrador. Con el enfoque de género, se integra la complejidad desde el respeto a la diversidad, contemplando dimensiones que han quedado relegadas sistemáticamente, como las emociones, la subjetividad, la identidad, los conflictos con las normas, el poder, el control social, las reducciones de la investigación científica, el ámbito económico, el campo político y los sistemas culturales. Es la búsqueda de otras formas de analizar y comprender el poder y de producir nuevas representaciones discursivas que permitan transgredir las antiguas divisiones. Sobre todo porque los sistemas ideológicos ocultan, en muchos casos, los efectos de la ambivalencia y las emociones, de la exclusión y el dualismo, y sobre todo de las estrategias del poder que han arraigado en diferentes dimensiones de la comunicación, la experiencia y las interacciones.

Desde una visión compleja, las disciplinas se renuevan y enriquecen al integrar también dimensiones humanas y el equilibrio enriquecedor de sus valores esenciales. Así, la economía debería entenderse como una ciencia de la sostenibilidad y la reproducción de la vida; la política sería la democratización de la democracia; la comunicación se entendería como la participación y la interactividad; y la identidad se abriría a los matices del mestizaje y a una interpretación dinámica y reflexiva.

8. ALGUNAS PROPUESTAS A PARTIR DEL ANÁLISIS COMPLEJO DE GÉNERO E INTERCULTURALIDAD

El análisis complejo del género y la interculturalidad deja al desnudo las numerosas estrategias del poder para producir otredad y exclusión, que aumentan cuando están más determinadas por las coordenadas espaciotemporales como límites a la libertad y a la individuación. Lo territorial se desarrolló como un sistema de control en el que sus propias contradicciones abrieron grietas, por el propio deseo de ensanchar sus horizontes traspasando fronteras, y la velocidad trazó "atributos de lo divino" y nuevas oportunidades con la ubicuidad, lo instantáneo o lo inmediato (Virilio, 1997: 17-20). Los espacios del poder se disuelven con la movilidad, son los flujos que se superponen en diferentes direcciones y sentidos, con distintas intensidades (Appadurai, 2001: 50-52), y generan los cambios actuales en la justicia, la igualdad o la equidad.

La velocidad y la comunicación están desestructurando el mundo establecido y el metarrelato del patriarcado capitalista occidental —de origen europeo y blanco, y heterosexual—, a partir de la conexión que relaciona las estructuras de lo local con lo global. El paso de los cambios en la interacción local a los que se registran en el espacio de los flujos ha ampliado el horizonte de las posibilidades de acción (Brown, 1995: 56), dentro de una nueva comprensión territorial y de otro sentido de pertenencia más global.

En este sentido, la organización social y del poder que arranca de la ruptura de jerarquías, a partir de la visión de Deleuze y Guattari (1995), ha cambiado la percepción del conocimiento y de la realidad como formas de resistencia y transformación de los discursos, si se interpretan desde una comprensión rizomática del sujeto en la libertad y en la subjetividad, cuando se orienta en un entramado de

opciones y estilos de vida.

Por todo ello, se hace imprescindible prestar atención a los campos relegados en el análisis de la realidad y en la investigación social, de los que aquí apuntamos algunos a título de revisión.

El imaginario, como espacio de creatividad en el que se forja la dimensión política de los sujetos y que, aunque también constituye un modo de disciplinamiento del capitalismo (Appadurai, 1999: 4), permite construir las fuerzas de resistencia, disenso y emancipación ante el control social, a partir de la dinámica de la subjetividad no sólo individual sino también colectiva. En las conexiones externas, se renegocian los conflictos culturales y la creatividad de la innovación social.

Una apuesta por la integración de las emociones, como reconocimiento a su importancia en el conocimiento, en las normas sociales y culturales y, sobre todo, porque su estudio ha estado relegado en la investigación. La ignorancia de todo lo emocional contribuye a las visiones duales y a las dicotomías que, con otro enfoque, se podrían reinterpretar como polos de procesos y dinámicas, productivos en el encuentro de la diversidad cultural, en lugar de oposiciones irreconciliables que encorsetan la realidad con discrepancias. La formación, el conocimiento y las habilidades emocionales deben capacitar para gestionar la ambivalencia y sus efectos paralizantes, que en ocasiones nos llevan a rechazar o aceptar posiciones incoherentes con nuestros valores. Las emociones juegan un papel primordial en la comunicación, en los estudios de recepción, en la construcción identitaria y en la interculturalidad, ya que todos ellos contienen diversos referentes culturales, en los que entran en conflicto los mundos cognitivos y emotivos.

La identidad, como una vivencia subjetiva pero de fácil influencia, está relacionada con el desarrollo de proyectos personales pero también con una visión compleja de la realidad, frente a la idea del proceso de individuación que acompaña a la modernización con olvido de formas de vida tradicionales. También se puede entender como un proceso creativo e integrador de actitudes y creencias, donde se incluyen los aspectos relacionales y dinámicos, y en el que la influencia del contexto marca la singularidad como identidad, a la vez que los límites con otras alteridades. La identidad se expresa a menudo a través de discursos y emociones en su permanente redefinición, a través de la apropiación, la resistencia o la asimilación de las propuestas culturales y los valores sociales. En su dimensión colectiva, la identidad es un relato dinámico y en constante evolución a través del contacto con la diversidad, que produce una visión más compleja de la realidad social donde se incluyen los valores excluidos por el patriarcado y el colonialismo.

El cruce de género con otros ejes de jerarquías sociales, políticas y económicas permite avanzar en nuevos sistemas analíticos como modelos para la transformación de los patrones desiguales. Como guía de las dinámicas de la desigualdad de género y de culturas se propone aquí un análisis de los cuadros y gráficos que se recogen en este texto ya que, a través de ellos, se recorren las coincidencias de los sistemas de exclusión y de subalternidad.

9. DISCURSO Y ACCIÓN: ANALIZAR LA ACCIÓN, NO EL DISCURSO

Los planteamientos posmodernistas de deconstrucción de la realidad han contribuido a cuestionar las jerarquías, a integrar las transformaciones culturales en las económicas —al margen de las verdades determinadas—, en definitiva, a enriquecer las explicaciones subjetivas y sociales con nuevas perspectivas. Entre ellas está el estudio de los aspectos lingüísticos y discursivos, fruto de los movimientos posestructuralistas, que han servido para afrontar los análisis comunicativos y sociológicos dentro de los procesos culturales e identitarios. Sin embargo, a menudo, se desvía la atención sobre el análisis de la acción como una expresión de la dimensión política y como foco de la significación subjetiva, cuando de forma insistente se aborda el discurso fuera de la coherencia que le dan los hechos. Las representaciones también plantean un modelo de negociación y asimilación cultural a partir del cual se puede profundizar en los procesos de resistencia, en los intercambios o en la selección del discurso, es decir, en las formas de construcción de la subalternidad, como una forma creativa de la identidad que también puede ser subversiva. Frente a una estructura jerarquizada de poder y de control, emergen mecanismos dispersos y complejos, una estructura distribuida en lo global (Appadurai, 2001: 22-23).

Los estudios culturales deben recoger estas dinámicas de cambio de cara a una sociedad intercultural, frente a los sistemas dualistas que se muestran insuficientes para describir los modelos de poder establecidos, tanto porque no muestran realidades complejas como cuando desde la oposición al sistema o en su negación se terminan reforzando los valores en oposición. Por ejemplo, para Grossberg (2003: 148-151) las prácticas transformadoras deben superar tanto el modelo colonial de la dualidad opresor/oprimido como también el modelo de la transgresión del par entre opresión/resistencia, a fin de dar lugar al devenir singular de la comunidad. Dentro de la estrategia de la reflexividad, se incluyen la sensibilidad, las destrezas y habilidades para comprender las estructuras y las prácticas relacionadas con el patriarcado y el colonialismo. De la misma forma, la investigación debe atender a los cambios rápidos y generalizados, a las transformaciones sociales como una estrategia adecuada a la hora de abordar la complejidad y la interconectividad en su contexto y dinámica, en los múltiples niveles del cambio global (Castles, 2010: 142-143).

La interdisciplinaridad, los modelos sistémicos, la investigación desde abajo, la marginalidad o la interrelación entre disciplinas teóricas son la fuente emergente de fenómenos que se revisitan de forma desagregada porque resisten a encorsetamientos en su turbulencia, o porque atienden a lógicas no previstas como el empoderamiento, que marcan perspectivas antes ignoradas como son la cooperación por encima de la competitividad, los márgenes y la periferia sobre el centro, la diversidad, la equidad o el humanismo sobre los argumentos cientificistas.

BIBLIOGRAFÍA

APPADURAI, Arjun (1999). La globalización y la imaginación en la investigación. En: Revista Internacional de Ciencias Sociales, n.º 160. [<http://www.fhuc.unl.edu.ar/sociologia/paginas/biblioteca/archivos/Appadurai%203.pdf>]. Con acceso el 25 de agosto de 2008.

APPADURAI, Arjun (2001). La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización. Montevideo-Buenos Aires: Ediciones Trilce-Fondo de Cultura Económica.

ARENDDT, Hannah (1973). Los orígenes del totalitarismo. Madrid: Taurus.

BERIAIN, Josetxo (2008). Aceleración y tiranía del presente. Barcelona: Anthropos.

BONAN, Claudia y GUZMÁN, Virginia (2007). Aportes de la teoría de género a la comprensión de las dinámicas sociales y los temas específicos de asociatividad y participación, identidad y poder. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer CEM.

BOURDIEU, Pierre (1988). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus.

BROWN, Robin (1995). The Globalization and the National Project. En: MacMillan and Linklater (eds.). Boundaries in question. London: Printer.

BUTLER, Judith (1990). Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity. New York and London: Routledge.

CARRERA SUÁREZ, Isabel: Feminismo y postcolonialismo: estrategias de subversión. En: SUÁREZ BRIONES, Beatriz; MARTÍN LUCAS, M.ª Belén, y FARIÑA BUSTO, M.ª JESÚS (comp.). Escribir en femenino. Barcelona: Icària, p. 73-84.

CASTLES, Stephen (2010). Comprendiendo la migración global: una perspectiva desde la transformación social. En: Relaciones Internacionales. Movimientos migratorios en el mundo: lecturas alternativas y complementarias a los enfoques de seguridad y desarrollo. [http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/index.php?journal=Relaciones_Internacionales&page=article&op=view&path%5B%5D=219] Con acceso el 14 de enero de 2010.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (1995). El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia. Barcelona: Paidós.

FEDERICI, Silvia (2013). Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Madrid: Traficantes de sueños.

FOUCAULT, Michel (1996). Genealogía del racismo. La Plata: Editorial Altamira.

FRASER, Nancy (1996). Redistribución y reconocimiento: hacia una visión integrada de justicia de género. Revista Internacional de Filosofía Política, n.º 8. Madrid: UNED, [http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:filopoli-1996-8-822568E8-D884-BC64-274D-3C464F9C410B/redistribucion_reconocimiento.pdf] Con acceso el 25 de agosto de 2013.

GASTNER, Michael T. y NEWMAN, M. E. J. (2004). Diffusion-based method for producing density-equalizing maps. Proceedings of the National Academy of Sciences USA, vol. 10, n.º 20, [http://www.pnas.org/content/101/20/7499.full.pdf] Con acceso el 25 de agosto de 2013.

GROSSBERG, Lawrence (2003). Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso? En: HALL, Stuart y GAY, Paul du (eds.). Cuestiones de Identidad. Buenos Aires: Amorrortu Editores, p. 148-180.

HALL, Edward T. (1977). Beyond culture. New York: Anchor Doubleday.

HALL, Stuart (Ed.) (1997). Representation. Cultural Representations and Signifying Practices. Londres: Sage.

HOFSTEDE, Geert (1980). Culture's Consequences: International Differences in Work-Related Values. London and Beverly Hills: Sage.

INGLEHART, Ronald (1977). The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics. Princeton: Princeton University Press.

INGLEHART, Ronald y WELZEL, Christian (2010). Changing Mass Priorities: The Link between Modernization and Democracy. Perspectives on Politics, vol. 8, n.º 2, p. 554. [http://www.worldvaluessurvey.org/wvs/articles/folder_published/article_base_54] Con acceso el 25 de agosto de 2013.

LÉVI-STRAUSS, Claude (1998). Las estructuras elementales del parentesco. Barcelona: Paidós.

MCDOWELL, Linda (2000). Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas. Madrid: Cátedra.

MORIN, Edgar (2000). Identidad nacional y ciudadanía. En: Gómez García, P. (coord.). (2000). Las ilusiones de la identidad. Madrid: Ediciones Cátedra, p. 17-28.

MORIN, Edgar. (2004). Introducción al pensamiento complejo. México: Gedisa.

NASH, Mary (2006). Identidades de género, mecanismos de subalternidad y proceso de emancipación femenina. En: Revista Cidob d'Afers Internacionals, n.º 73-74. Barcelona: Fundación Cidob, pp. 39-57.

ORTNER, Sherry (1979). ¿Es la mujer al hombre lo que la Naturaleza es a la Cultura? En: HARRIS, Olivia y YOUNG, Kate (comps.). Antropología y Feminismo. Barcelona: Anagrama, pp.109-131.

ORTNER, Sherry y WHITEHEAD, Harriet (1981). Introduction: Accounting for Sexual Meanings. En: ORTNER, Sherry y Harriet WHITEHEAD, Harriet (eds.). Sexual Meanings. The Cultural Construction of Gender and Sexuality. Cambridge: Cambridge University Press.

REINHARZ, S. (1983). Experiential Analysis: A Contribution to Feminist Research. En: BOWLES, Gloria y DUELLI-KLEIN, Renate

TROMPENAARS, Alfons (1994). Riding the waves of culture: Understanding diversity in global business. London: McGraw-Hill Professional.

VALLE ROJAS, Carlos del y POBLETE MARTÍN, Teresa (2009). Genealogía crítica de los estudios interculturales y la 'comunicación intercultural' en América. I/C Revista científica de información y comunicación, n.º 6, p. 193-214

VAN DIJK, Teun A. (2009). Sociedad y Discurso. Barcelona: Gedisa.

VIRILIO, Paul (1997). Open Sky. New York: Verso.

WIEVIORKA, M. (1992). El espacio del racismo. Barcelona: Paidós.

YOUNG, Iris Marion (2000). La justicia y la política de la diferencia. Madrid: Cátedra.

Original disponible en: http://portalcomunicacion.com/lecciones_det.asp?lng=esp&id=88

PDF creado en: 01/12/2014 11:32:45

Portal de la Comunicación InCom-UAB: El portal de los estudios de comunicación, 2001-2014

Institut de la Comunicació (InCom-UAB)
Edificio N. Campus UAB. 08193 Cerdanyola del Vallès (Barcelona)
Tlf. (+34) 93.581.83.84 | Fax. (+34) 93.581.21.39 | portalcom@uab.cat

